

ÉTICA CRISTIANA DE LA GUERRA

Rubén López Rodríguez

Tal vez a los cristianos —que se consideran más buenos que todos los demás— les sonará extraño escuchar que el Antiguo Testamento es belicista: está a favor de la guerra o como mínimo de la violencia. Y es más belicista aún el libro de Josué: “El pueblo subió luego a la ciudad (de Jericó), cada uno derecho hacia adelante, y la tomaron. Y destruyeron a filo de espada todo lo que en la ciudad había; hombres y mujeres, jóvenes y viejos, hasta los bueyes, las ovejas, y los asnos”.

Apareció un Dios de carácter feroz con un látigo en la mano. En las épocas primordiales de las religiones Dios era portador de los rasgos espantables que, en lo sucesivo, se reunieron en su adversario: el diablo. El diablo no fue invención de los cristianos, puesto que mucho antes del cristianismo aparecía como un ángel caído en las mitologías griega, egipcia e hindú. Las *Escrituras* lo describen como el instigador invisible del mal, el enemigo de Dios y del hombre.

En el Nuevo Testamento Jesús es un rey de paz anunciado por Isaías. Se presenta como un rabino, un hombre sabio acompañado de unos discípulos, y no como un guerrero. ¿Pero en su tiempo eran vecinos el lobo y el cordero? El cristianismo fue algo muy diferente de las numerosas sectas judías de aquel entonces, por ejemplo los esenios; se presentó genuinamente como lucha y surgió Jesús con su ética luchadora: “Yo no he venido a traer la paz sino la espada”. Jesús volvió de revés todos los signos y las normas. Actuó sobre la base de la exclusividad de la fe creada por él. Porque el cristianismo, en cuanto a su actitud de lucha, exigía una exclusividad de su fe: “Quien no está conmigo, está contra mí”, frase paranoide que hoy constituye el caballito de batalla de una gran cantidad de grupos y de fanáticos en el mundo.

Existía el partido de los celotes que reclutaban jóvenes en el desierto y los preparaban para combatir a los romanos. Simón el cananeo era celote. Los celotes eran como los guerrilleros de hoy, se tomaron Judea, querían un líder, a Jesús, pero éste se negó. Debo decir que no le doy carácter de divinidad a Jesús. Incluso para mi opinión existió más como mito que como realidad, por ejemplo la cuestión de los milagros es una leyenda. Paradójicamente Jesús solía despedirse y saludar con el enunciado “La paz esté con vosotros”. Pero si la posición de Jesús no era belicista, ¿entonces cómo entender su ética luchadora de que habría venido a traer no la paz sino la espada? Con ello entiendo

algo así como “Si quieres la paz, prepárate para la guerra”. Así mismo, en la época medieval hubo una conciencia belicosa. Existió una institución social para hacer la guerra: la feudal. Una exportación de la guerra por la Iglesia fueron las cruzadas que luchaban contra los turcos. Con los conquistadores europeos advino la imposición de nuevos valores religiosos. “En nombre de Dios” se cometieron matanzas de quienes no profesaban la religión de los cristianos. Y eso era anticristiano. Una vez más la religión servía de excusa para ejercer el poder.

La Iglesia hizo del caballero andante un ideal, un hombre religioso; hizo de él casi un sacerdote que luchaba contra los ricos y ponía su guerra al servicio de los pobres, los débiles, la mujer, un país, la paz, el derecho, la justicia. Un príncipe podía declarar la guerra “En nombre de Dios” y, por lo tanto, su guerra era justa. La iglesia católica ha sido machista e inhumana. Se valió de la figura mítica del diablo para crear miedo y conservar las ovejas quietas en el redil de sus creencias. Con esto no pretendo afirmar que la Iglesia ha inventado al diablo, ya que éste es un personaje propio de todos los sistemas filosóficos y de todos los pueblos. Sea como sea, la Iglesia ha basado su poder en la figura de un dios todopoderoso, omnisapiente y sin rival. Es el Dios sentado en un trono con gran pompa y majestad, un Dios justiciero y castigador.

Hasta el siglo XVIII, el mal era entendido como una posesión del diablo. Ahora bien, ¿por qué entonces en la agonía del siglo XX y a las puertas del tercer milenio, una vez más se trajo de las barbas al diablo? La fuerza de las iglesias hunde sus raíces en el lenguaje que han sabido mantener. Y Dios es el padre ideal, la figura de Dios se reduce a la imagen exaltada del padre. Y por el hecho de que Dios es un sustituto del padre enaltecido en la infancia, es que se le imagina como un anciano venerable y majestuoso. Por consiguiente, la idea de Dios es inconsciente. La Iglesia hizo de la guerra un ideal heroico. El teólogo fray Francisco de Victoria se opuso a la guerra como ideal heroico, afirmando que los demás también son prójimo a los cuales se ha de amar como a sí mismo. En esa época sus palabras fueron muy atrevidas y se convirtieron en un primer principio del derecho internacional.

Los cristianos suponían que sólo ellos eran civilizados y que los demás eran bárbaros. Pensaban que fuera del cristianismo sólo había malos sentimientos. Desde entonces, escudan escándalos a nombre de Dios. Sin embargo, San

Francisco Javier habló de culturas orientales superiores en muchos aspectos a la cultura occidental, por ejemplo China y Japón. Además de la cultura continental europea estaba la inglesa. Sus filósofos eran modelos de pensamiento. Europa despertó y se habló de una cultura protestante superior en muchos aspectos a la cultura católica.

No le puedo negar al cristianismo su poder histórico civilizador. Pero he aquí la ideología de la seguridad nacional: en nombre del Dios de los cristianos hay que salvar a la sociedad occidental. Así pues, los cristianos son superiores a los demás únicamente en su imaginación.

El gobierno adopta la religión como instrumento, como un medio para ejecutar la voluntad de quienes gobiernan. La miseria religiosa es una expresión de la miseria real. La religión es el suspiro, una compensación, de la criatura sufrida, agobiada. Pues, a fin de cuentas, lo religioso se origina en los horrores primordiales del psiquismo. La religión es especialmente ambivalente: rezaderos y rezaderas salen de las iglesias a acabar con el prójimo mediante el dardo venenoso del chisme.

Con respecto a la guerra sucia —guerra no declarada y que pareciera que no tiene fin— que se ha librado en Colombia, en algún momento la propia Iglesia declaró que hay una violencia institucional, que las instituciones capitalistas son violentas y opresivas. Los grupos financieros aumentan su poder cada día y se apoderan de otros esfuerzos de colombianos. La violencia y la insurrección armada engendran injusticias mayores. En consecuencia, la Iglesia no recomienda la violencia. Con todo, en este país del Sagrado Corazón de Jesús vemos a los católicos “A Dios rogando y con el mazo dando” o “A la virgen orando y con el revólver disparando”. Por otra parte, la hipócrita religión cristiana considera pecado el conocimiento. Los cristianos miden a todos los demás con la vara de su mala intención, y ello a pesar de que *La Biblia* dice que “Con la vara que midas serás medido”, a pesar de que afirma: “Quien a hierro mata a hierro muere”.

Las religiones rebajan la vida tronchada por la muerte a un mero preámbulo. Prometen una existencia en el más allá y la presentan como la más valiosa. Pero esa desmentida o negación de la muerte comenzó en tiempos inmemoriales con la transmigración de las almas y la reencarnación. El auge no sólo en el país sino en el mundo entero de las terapias regresivas, basadas en la idea de la reencarnación, es una evidencia más de que el inconsciente no acepta la muerte. Ante la guerra, la violencia, el desamor y la inseguridad, más la angustia de separación que todo esto produce, proliferan las sectas religiosas en las que las gentes se refugian como si se tratara de una droga. Pues la religión es el conjunto organizado de creencias que permite



Al igual que la Constitución no crea al pueblo sino que es el pueblo el que crea la Constitución, es el hombre el que crea la religión y no la religión al hombre

solucionar ilusoriamente los enigmas que plantea la existencia. En la religión los humanos buscan una explicación mítica de la vida. Y aparece un fenómeno que es propio de la mayoría de religiones oprimidas: el fervor redoblado de profetismo, de organización de milagros, trances y éxtasis. Las religiones son, sencillamente hablando, nacidas del miedo.

En torno a la religión habrá que aceptar que ella es indestructible, pues definitivamente el hombre no puede vivir sin ilusiones. Y mientras la religión sea indestructible los vicios se seguirán disfrazando con la mascarada de las virtudes. En la obra de Shakespeare, *El Mercader de Venecia*, Basanio dice: “Muchas veces engañan las apariencias [...]. ¿Hay alguna herejía religiosa que no tenga sectarios, y que no pueda cubrirse con citas de la Escritura o con flores retóricas que disimulen su fealdad? ¿Hay un vicio que no pueda disfrazarse con la máscara de la virtud?”¹ ■

Rubén López Rodrigué (Santa Rosa de Cabal, 1956). Escritor y editor colombiano, con diplomado de la Universidad de Antioquia. Fue fundador y editor de las revistas *OASSYS* y *RAMPA*. Es director del equipo colombiano de la revista internacional de arte y literatura *Francachela* y corresponsal en Medellín de *Archipiélago*. Autodidacta del psicoanálisis, es autor de cuatro libros de ensayos: *La concepción freudiana sobre el mundo exterior* (1985), *Momentos del psicoanálisis en Colombia* (1995), *Hacia una estética psicoanalítica* (2000) y *La luciérnaga psicoanalítica* (2000). También es autor del libro de relatos *La estola púrpura* (2009) y coautor de *Contra el viento del olvido* (entrevista con William Ospina, 2001) y *Feminidades: sacrificio y negociación en los tiempos del derecho* (2010). Recientemente publicó el libro de fábulas infantiles *El Carnero Azul*.

¹ William Shakespeare, *Dramas*, Editorial Iberia, Barcelona, 1949, p. 148.